LIBRO dot.com

El fantasma

Catherine Wells



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Era una niña de catorce años y estaba sentada en una antigua cama de cuatro columnas, apoyada sobre unas almohadas, tosiendo un poco debido al resfrío y la fiebre que la mantenían allí. Se había cansado de leer a la luz de la lámpara y permanecía reclinada, escuchando los pocos sonidos que podía oír y mirando el fuego de la chimenea. De abajo, más allá del ancho pasillo bastante sombrío, cubierto con paneles de roble, donde colgaban cuadros ocre oscuro en cuyo centro estallaban llameantes unas tremendas contiendas navales, de más allá de la ancha escalera de piedra que terminaba en una pesada puerta chirriante, tachonada de clavos, entraba a veces de la lejanía una ráfaga de música de baile. Primos, primos y más primos se encontraban ally abajo, y do Timothy, el anfitrión, dirigía la fiesta. Varios de ellos habían entrado alegremente en su habitación a lo largo del día, diciéndole que su enfermedad era "una lástima tremenda", que el patinaje en el parque era "divino, divinísimo", y luego habían vuelto a salir tan alegremente. El tío Timothy fue de lo más bondadoso. Pero... allí abajo, toda la felicidad que la solitaria niña había anhelado tan desesperadamente durante más de un mes, corría como oro líquido.

Contempló como parpadeaban y caían las llamas del gran fuego de leños, detrás de la rejilla abierta de la chimenea. Hubo momentos en que tenía que apretarse las manos, para contener sus Iágrimas. Había descubierto -ya a su edad empezaba a acumular su pequeño conocimiento femenino- que si tragaba con fuerza y rápidamente cuando las lágrimas se juntaban, entonces sí podía evitar que se le inundasen los ojos. Deseó que alguien viniera a verla. Tenía una campanilla a mano, pero no podía pensar en una excusa posible para hacerla tintinear. Deseó que hubiese más luz en la habitación. El gran fuego la iluminaba alegremente cuando los troncos llameaban hacia lo alto; pero, cuando apenas refulgían, las oscuras sombras se deslizaban desde el techo y se unían en los rincones, contra el revestimiento de madera. Desvió su atención de la habitación hacia el brillante círculo de luz debajo de la lámpara en la mesilla a su lado y a to gratamente sugestivo que había en la jalea de grosella y en la cuchara, en las uvas, la limonada, el pequeño montón de libros y el amable desorden que allí resplandecía, todo tan reconfortante y cálido. Quizá la señora Bunting, el ama de llaves de su tío, no tardaría mucho en venir de nuevo a sentarse para hablar con ella.

Con toda probabilidad, la señora Bunting estaría más ocupada que de costumbre esta noche, pues había varios invitados adicionales: unos convidados de otra fiesta que llegaron en coche, trayendo consigo una figura romántica, una celebridad, nada menos que un gran personaje: el actor Percival East. La fortaleza de la niña se había desmoronado esa tarde, cuando el do Timothy le informó que East estaba allí. El do Timothy se sorprendió; sólo otra niña podría haber comprendido cabalmente lo que significaba que un mero resfrío le negara la oportunidad de conocer en persona a ese caballeroso héroe dramático; otra niña que hubiese rebosado de alegría ante su atrevimiento, Llorado ante sus nobles renuncias, sentido felicidad, si bien envidiosa, al ver el abrazo final con la dama amada.

-¡Vamos, vamos, querida niña! -le había dicho el tío Timothy, dándole unas palmaditas en el hombro, muy apenado-. No to preocupes, no to preocupes. Como no to puedes levantar, le pediré que venga a verte. Te prometo que lo haré... ¡Vaya! ¡Qué atracción ejercen esos tipos sobre ustedes, mujercitas...! -prosiguió casi para sí mismo.

El revestimiento de madera crujió. Por supuesto, era siempre así en las casas antiguas. La niña era de esa clase de personas temerosas, ligeramente nerviosas, que no creen en los fantasmas y, no obstante, esperan con toda su alma que nunca verán a uno. ¡Pero si hacía mucho tiempo que nadie había venido a visitarla!... Pasarían muchas horas, supuso, antes de que se acostara la otra niña que dormía en la habitación al lado de la suya; ambas piezas se comunicaban entre sí gracias

a una puerta que le daba tranquilidad. Si hacía sonar la campana pasarían uno o dos minutos antes de que alguien llegara de los lejanos cuartos de la servidumbre. Una doncella pronto debería cruzar el pasillo, pensó, para arreglar las habitaciones y añadir carbón al fuego de las chimeneas, acompañándose de toda suerte de ruidos. Eso sería agradable. ¡Cómo se aburría una en cama! ¡Qué horrible era, qué insoportablemente horrible, estar atada a la cama, perdiéndoselo todo, perdiéndose toda la brillante y gloriosa alegría de allí abajo! Ante tal pensamiento, tuvo que empezar a tragar nuevamente las lágrimas.

Con una repentina ráfaga de ruido, una torenta de risas y aplausos, la pesada puerta al pie de la escalera se abrió y se cerró.Oyó unos pasos que subían y unas voces de hombres que se iban acercando. Era el do Timothy, que tocó a la puerta entreabierta.

-Entren -gritó contenta la niña.

Con el do se encontraba un hombre de mediana edad, de expresión tranquila y cabello grisáceo. ¡Después de todo, el do había mandado llamar a un médico!

-He aquí otra de sus pequeñas adoradoras, señor East -explicó el do Timothy.

¡EI señor East! Se dio cuenta de pronto que había esperado verlo llegar envuelto en brocado morado, con el cabello empolvado y volantes de fino encaje. Su do sonrió ante su expresión desconcertada.

-No lo reconoce, señor East -señaló.

-Claro que sí lo reconozco -declaró valerosamente la niña y se incorporó, sonrojada por la excitación y la fiebre, los ojos brillantes y el cabello desgreñado.

Efectivamente, empezó a ver cómo el recordado héroe del escenario y el hombre de expresión bondadosa se unían como en un mismo retrato. Allí estaban el leve movimiento de la cabeza, la barbilla... ¡Sí! Y los ojos, ahora que los vela finalmente.

-¿Por qué estaban todos aplaudiéndole? -preguntó.

-Porque acabo de prometerles que les voy a dar un susto mortal -respondió el señor East.

-¡Oh! ¿Cómo?

-El señor East -precisó el do Timothy- se va a disfrazar como nuestro fantasma desaparecido hace tanto tiempo y nos va a proporcionar un rato verdaderamente estremecedor, abajo.

-¿De veras? -exclamó la pequeña, con todo el feroz deseo que sólo puede contenerse en la voz de una niña-. ¡Ay! ¿Por qué me puse enferma, tío Timothy? No estoy realmente enferma. ¿No ves que estoy mejor? He pasado el día acostada. Me encuentro perfectamente bien. ¡Puedo bajar, querido tío..., por favor?

Ya casi había salido de la cama, debido a la excitación.

-¡Vamos, vamos, pequeña! -la tranquilizó el do Timothy, alisando apresuradamente las sábanas y las mantas y tratando de cubrirla.

-Pero ¿puedo?

-Por supuesto, si quieres que to asuste a fondo, pero to aseguro que to daré un susto terrible -empezó a decir Percival East.

-¡Oh, sí, si que quiero! -gritó la niña, saltando en la cama.

-Vendré para que me yeas cuando me haya disfrazado, antes de bajar.

-¡Ay, por favor, por favor! -exclamó radiante la pequeña.

¡Una representación privada sólo para ella!

-¿Estará de veras horrible? -se echó a reír exultante.

-Tanto como pueda. -El señor East sonrió y se dio la vuelta para seguir al do Timothy, que ya salía de la habitación-. ¿Sabes? -dijo, manteniendo la puerta abierta y volviéndose hacia ella con burlona seriedad-. Creo que me veré bastante espantoso. ¿Estás segura de que no to asustarás?

-¿Asustarme?... ¿Tratándose de usted?-. La chica soltó una carcajada.

El señor East salió de la habitaciOn, cerrando la puerta tras de sí.

-Lalala, lala, lala -canturreó alegremente la pequeña y volvió a escurrirse entre las sábanas, las alisó sobre su pecho y se preparó para la espera.

Permaneció tranquilamente acostada durante un buen rato, con una sonrisa en el rostro, pensando en Percival East y colocando su cara seria y bondadosa en los diversos escenarios dramáticos en que lo había visto. Estaba muy satisfecha con él. Empezó a rememorar detalladamente la última obra en que lo vio actuar. ¡Se vela tan espléndido al luchar en el duelo! No podía imaginárselo con aspecto espantoso. ¿Qué haría para transformarse?

Hiciera lo que hiciese, no pensaba asustarse. El no podría alardear de que la había asustado a ella. El do Timothy estaría también allí, supuso. ¿O no?

Oyó pasos frente a la puerta, a lo largo del pasillo, que luego se perdieron. La gran puerta al pie de la escalera se abrió y se cerró con un chasquido.

El tío Timothy había bajado. La pequeña siguió esperando.

Un tronco, quemado en el medio hasta convertirse en un hilo rojizo, se partió repentinamente en dos y los pedazos cayeron en las parrillas. La niña se sobresaltó al oír el ruido. ¡Todo estaba tan silencioso! Se preguntó cuánto más tardaría el señor East. Hacía falta que añadieran leña al fuego, pues los pedazos de tronco se habían juntado. ¿Debía llamar? Pero podría entrar justo en el momento en que la sirvienta estuviese arreglando el fuego, y eso arruinaría su llegada. El fuego podía esperar...

La habitación se hallaba muy quieta y, debido al fuego reducido, más oscura. Ya no oía ningún ruido de abajo, porque la puerta estaba cerrada. Estuvo abierta todo el día, pero ahora el último y débil vínculo que la unía con los de abajo se había roto.

La llama de la lámpara dio un repentino y espasmódico salto. ¿Por qué? ¿Estaría a punto de apagarse? ¿Sí?... No.

Esperaba que el señor East no apareciera por sorpresa. Claro que no lo haría. De todos modos, hiciera lo que hiciese, ella no se asustaría..., no se espantaría verdaderamente. Hombre prevenido vale por dos.

¿Fue ese un ruido? La niña se incorporó, la mirada clavada en la puerta. ¡Nada!

Pero sin duda, la puerta se había movido un poco, ¡ya no cuadraba tan perfectamente en el marco! Tenía la seguridad de que se había movido. Sí, se había movido... se había abierto dos centímetros y, poco a poco, mientras observaba, vio que crecía un hilo de luz entre el filo de la puerta y el marco, que crecía paulatinamente y se detenía.

No era posible que entrara por ese espacio, ¿o sí? Debió de entreabrirse por sí sola. El corazón de la niña empezó a latir a toda velocidad. Sólo podía ver la parte superior de la puerta: el pie de la cama le ocultaba la parte inferior...

Su atención se agudizó. De pronto, tan repentinamente como el tiro de una pistola, vio que había una pequeña figura, como un enano, cerca de la pared, entre la pared y la chimenea. Era una pequeña figura con capa, no más alta que la mesa. ¿Cómo lo lograba? Se movía lenta, muy lentamente, hacia la chimenea, como si no se percatara de la presencia de la niña; estaba enfundada en una capa que se arrastraba por el suelo, con un sombrero flexible en la cabeza inclinada sobre los hombros. La pequeña se aferró a las sábanas: era algo tan extraño, tan inesperado; soltó una risita jadeante para romper la tensión del silencio... para mostrarle que apreciaba su representación.

El enano se detuvo en seco al oír la risa y giró hacia ella.

¡Ay! ¡Pero qué miedo! Su rostro era de un blanco mortal, un rostro largo y puntiagudo,

metido entre los hombros. ¡No había color en los ojos que la miraban! ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo lo hacía? Era demasiado bueno. Se volvió a reír nerviosamente y con un espasmo de terror que no pudo dominar, vio cómo la figura salía de las sombras y avanzaba hacia ella. Se preparó con gran resolución; no debía asustarse por una representación... Se acercaba, era horrible, horrible..., estaba llegando a su cama...

Metió de golpe la cabeza entre las sábanas. Nunca supo si gritó o no...

Alguien tocaba a la puerta, hablando alegremente. La niña sacó la cabeza de las sábanas, sorprendida y avergonzada por su temor. ¡La horrible criatura había desaparecido! El señor East hablaba detrás de la puerta. ¿Qué era lo que decía? ¿Qué?

-Ya estoy listo -anunció el señor East-. ¿Quieres que entre y empiece?